



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

sonomía perdurable. Tal es, sin duda, uno de los factores determinantes de esa tensión entre unidad y diversidad, que constituye una constante de la historia española. Los aldeanismos estrechos y las insolidaridades centrífugas llegaron a quebrar en ciertas épocas la propia existencia nacional. Por otra parte, la pretensión de imponer —como en el siglo XVIII— la cuadrícula cartesiana de una administración uniforme, olvidando que el pasado configuró una pluralista realidad regional, hizo igualmente violencia sobre la naturaleza de las cosas, en detrimento de la conciencia nacional y de la misma estabilidad de España.

Una síntesis equilibrada, capaz de armonizar unidad y pluralidad, parece haber sido a lo largo de los siglos la forma de vida en común más adecuada al genuino ser de España. De esa España que —como dijimos al principio— ha de ser vista desde lo alto para poder captar su dimensión total, que quizá sólo aparece íntegra cuando se la contempla desde las soledades del Cosmos; pero que ha de conocerse también de cerca, a ras del suelo, con los pies bien puestos sobre esa tierra, que ha sido a lo largo de los siglos el solar y la morada de los hispanos. Conseguir esa síntesis integradora puede ser la principal lección de la historia para los actuales depositarios del mayor legado recibido de la Edad Media.

LA LIMPIEZA EN EL MIRAR

Aquilino Polaino-Lorente

Para un psiquiatra no resulta nada fácil escribir unas breves líneas en el homenaje de cualquier profesor universitario. La deformación profesional hace que espontáneamente se me vengan a las mentes mil y un recuerdos —anécdotas entreveradas de destellos psicológicos—, cuya exposición escrita podría llenar muchas páginas, acaso demasiadas.

Esta natural dificultad se acrecienta cuando, como aquí sucede, el homenajeado es el profesor Rodríguez Casado, un hombre cuya agigantada humanidad nos brinda tantos flancos y tan ricos, que la perspectiva fenomenológica del psicólogo no acierta a determinarse por la elección de uno solo de ellos. En estas circunstancias uno experimenta de modo radicalmente inusitado aquello de que elegir significa renunciar y hasta es posible que la elección que he hecho no sea ni la más pertinente ni la más acertada, mientras inevitablemente dejo escapar otras parcelas de su personalidad que justamente serían mucho más relevantes.

Pero es forzoso optar, elegir, tomar una decisión. Desde la atalaya de mis dudas me he decidido al fin a elegir un aspecto muy concreto de su personalidad: su mirada. Una parcela ésta que, como subrayan unánimemente todos los especialistas de la comunicación no verbal, constituye la parcela más significativa del rostro humano, el lugar por antonomasia más atractivo —más sugerente también— a donde resulta atraída la mirada de cualquier observador avezado o impertinente, niño o anciano.

No hay rosa sin espinas

Mi primer recuerdo del profesor Rodríguez Casado se remonta a hace no muchos años, cuando coincidimos en uno de esos cordiales encuentros organizados por él en la Asociación de La Rábida. Quien esto escribe sufrió entonces una cierta contrariedad no disimulada, un contratiempo lacerante en su insignificancia, que no por su magnitud dejaba de resultar molesto. Conversando con él me fui penetrando de la parsimonia de su escuchar atento y siempre comprensivo. Las manifestaciones de mi relato, inicialmente inquietantes y repletas de zozobra, fueron mudándose en un discurrir más cadencioso y sosegado. Era algo así como si sólo con su presencia las aguas turbulentas hubiesen entrado definitivamente en su cauce, en un cauce manso y ancho por el que se deslizaban sin estridencias.

Después de escucharme atentamente, sin ninguna interrupción —don Vicente no interrumpe casi nunca, aunque cuando lo hace suele alargarse más allá de lo previsto—, sólo pude oír unas palabras, tan buenas como certeras: «no hay rosas sin espinas».

En esa breve afirmación encontré la clave necesaria para resolver mi problema. Efectivamente había rosas y había espinas entrelazadas en aquel pequeño conflicto. Pero un error en mi apreciación me hacía atender sólo a las espinas sin ver el color ni oler el aroma de las rosas. En realidad, su breve y eficaz consejo venía precedido por la serenidad y el sosiego que me contagié desde que comenzó a escucharme. Pero sigamos con el fin que me había propuesto en esta colaboración.

El punto de vista, la vista y lo visto

La percepción de la realidad puede hacerse desde muy diversas modalidades sensoriales, cada una de las cuales nos permite aprehender una diferente dimensión de ella. La vista es, ciertamente, junto con el oído, una de las modalidades sensoriales más desarrolladas, de mayor alcance en el hombre. Pero también la vista tiene sus sesgos, sus

opacidades, sus claroscuros, que pueden llegar a distorsionar la realidad percibida.

El ojo ve, pero no se ve a sí mismo, como tampoco ve el punto de vista, previamente adoptado, desde el cual percibe la realidad. Y, sin embargo, los que lo contemplan pueden advertir en el ojo las manifestaciones del punto de vista de que parte, que él mismo no puede ver.

El punto de vista condiciona lo visto. Un mismo hecho o suceso tiene una significación muy diferente en función del punto de vista que se adopte. Es lástima que quien ve, la mayor parte de las veces no pueda visionar el punto de vista de que parte su vista.

La vista también puede distorsionar lo visto. Basta para ello que focalice su atención en este o aquel aspecto, que se fije selectivamente en uno u otro atributo del estímulo. La atención discriminativa de la vista puede, de esta forma, tergiversar lo visto. Dicho de otra forma, lo que vemos, alcanzamos a percibirlo a través de la mediación de la vista. Lo visto, lo que se ve, hace patente y manifiesta en muchas ocasiones los sesgos de quien lo ve, tanto los derivados del peculiar punto de vista que se adopte como los respectivos a la vista que media la relación con lo visto.

Todo ello significa que el vidente adopta un papel activo en lo que ve, deformándolo unas veces, tergiversándolo otras y modificándolo siempre.

Paradójicamente, los otros, los que ven al que ve, pueden descubrir en su mirar el punto de vista adoptado, así como los sesgos, errores y aciertos de su vista. Lógicamente la observación del vidente puede llegar a manifestar los *a priori* de su visión, aunque esa apreciación también puede ser negligente y hasta errónea, porque quien ve al vidente tampoco está libre de los sesgos que a aquél afectan.

No obstante, y asumiendo el riesgo de los errores de mi visión, creo haber aprehendido el punto de vista que subyace en la vista y aun en lo visto por el profesor Rodríguez Casado. Pero antes de manifestar mi punto de vista sobre su visión, permítaseme distinguir entre las diversas funciones de la visión.

Ver, observar, mirar y contemplar

Tan activo es el papel del hombre en la percepción visual, que ésta se descompone en un haz de variadas dimensiones, en función del papel más o menos activo que adopte el vidente. Nada de particular tiene que el lenguaje coloquial haya sabido diferenciar con una pluralidad de conceptos las distintas funciones de la visión.

Ver es una función prácticamente inevitable. Basta con tener los ojos abiertos —sin ninguna otra intencionalidad, a pesar de que «tener los ojos abiertos» sea un dicho popular que manifiesta lo contrario— para percibir visualmente lo que acontece a nuestro alrededor. En el hecho de ver, la función activa de quien ve es muy reducida. Esto supone que la función de ver puede llevarse a cabo sin ninguna intencionalidad, lo que condiciona y hasta subordina al vidente a su circunstancia, el flujo estimular que acontece en su entorno. Si éste es muy versátil, la percepción visual es arrastrada y hasta atraída por los cambios de los estímulos. El vidente cumple así una función casi meramente pasiva en lo que ve. Claro está que, sin embargo, puede evitar ver lo que no le interesa. Pero esa evitabilidad visual de lo que no le importa, sólo se hace con el concurso de su participación activa, es decir, a través de la emergencia de una cierta intencionalidad por cuya virtud lo visto es abstraído selectivamente, mientras se deja fuera de foco, voluntariamente, lo que no se desea ver. En síntesis, el mero ver comporta más una predisposición pasiva que activa en la percepción visual.

Observar es otra cosa muy diferente. La observación añade al mero ver una intención. Observa quien, previamente, ha decidido privilegiar mediante su atención unos determinados estímulos, a la vez que renuncia a otros. La observación constituye uno de los métodos científicos más afortunados desde antiguo, que todavía hoy tienen vigencia en las ciencias positivas. En la observación el observador no está a merced de sus circunstancias, sino que configura, estructura y vertebrata éstas, en función de una cierta direccionalidad que él mismo impone a su campo visual y que en nada depende de la cosa vista. La observación

añade a la visión no sólo una cierta *direccionalidad* en lo visto, sino también una cierta *voluntariedad* en lo percibido. Muchos trabajos rigurosamente científicos, en el ámbito de la conducta humana, tienen a la observación como método fundamental. En realidad, la observación casi siempre se circunscribe a cosas o a hechos; en algún caso también a personas, pero tomando de éstas una determinada parcela, generalmente una determinada conducta. Dicho de otra forma, la observación científica aplicada a las personas, parcela y descompone en sectores la conducta humana, permitiendo la objetivación a través de la cuantificación de ese comportamiento concreto.

El observador nunca es neutro, ya que la intencionalidad y voluntariedad —ingredientes imprescindibles de la observación— no se dejan al albur, sino que se deciden previamente. Pero el observador tampoco puede observarse a sí mismo y a través de su auto-observación eliminar los sesgos personales implícitos en esa actividad. Para que los resultados de estas observaciones sean válidos y fiables —condiciones sin las cuales no es posible la ciencia—, la metodología experimental se sirve del entrenamiento de observadores, descomponiendo el ámbito a observar en categorías, operativamente definidas, de forma que sea posible su registro y cuantificación rigurosa.

La observación científica es cualquier cosa menos observación espontánea. El punto de vista de la observación científica debe estar siempre perfectamente delimitado, como las categorías a observar deben ser también perfectamente definidas. La observación es por todo ello una función perceptiva en la que el sujeto que percibe desempeña un papel activo y rigurosamente diseñado.

Otra cosa muy diferente es el *mirar*. El mirar, según el lenguaje coloquial, es una actividad que atañe fundamentalmente a las personas. A las personas ni se las ve, ni se las observa, sino que, sencillamente, se las mira. Mirar significa comprometerse en un encuentro interpersonal, pues quien mira fácilmente es también mirado por la persona a quien mira. Y esto ocurre casi siempre, a pesar de que haya muchas formas diversas de mirar. Poco importa que se mire a hurtadillas o con el «rabillo del ojo» o frontal y

abiertamente. La persona a la que se mira muy difícilmente deja de experimentar que alguien la ha mirado. Las más de las veces —acaso por el llamado reflejo de orientación, aunque este concepto me parece rico pero insuficiente para explicar todo lo que allí sucede—, la persona mirada mira a quien la miró. Hay miradas de tú a tú, de superior a inferior, entre extraños, entre conocidos... Hay también «un mirar sin mirar», el mirar a escondidas, aunque muy difícilmente la persona así mirada deja de percibir que le han mirado. Hay miradas y miradas... A veces una mirada vale más que mil palabras. Hay miradas furtivas, de aprobación, de desaprobación, de castigo, etc. Tan variadas son las miradas que, incluso, pueden cosificar al otro, reduciéndole, por ejemplo, a mero objeto placentero, algo que, en quien sucede, resulta siempre vejatorio. Pero también hay miradas amables, encendidas, acompañantes, solidarias. De ahí que se hable de personas «muy miradas» o que se diga a alguien que «no se ande con tantos miramientos».

Una mirada manifiesta muchas de las cosas que tal vez celosamente guarda quien mira. La mirada traslada al otro los sentimientos de quien mira, manifestando a través de ellos cuál es su punto de vista, algo que, como es sabido, muchas veces permanece opaco al sujeto que mira.

Puede afirmarse que la comunicación visual puede a veces trasladar entre personas información que, por ser inefable, ni siquiera puede transmitirse verbalmente. De aquí que sea tan importante la mirada, a pesar de que se le haya dado mucha menos importancia que a la comunicación verbal. La mirada acontece siempre en el más acá, en el aquí y el ahora del encuentro. Se mira lo que no está distante, lo que está cercano, aquello con lo que nos encontramos.

Lo lejano, en cambio, lo que está distante —sea por la distancia física u ontológica— pertenece al *contemplar*. Se contempla lo que está más allá, lo que trasciende de alguna forma nuestro horizonte sensorial, lo que resulta inalcanzable para nuestro ver. La contemplación se diferencia del mirar y del observar en dos características: la primera consiste en una mera perspectiva transhumana que ordena y

configura de un modo nuevo nuestro modo de aproximación a lo que vemos, y la segunda, en una cierta pasividad —no sin el consentimiento de la voluntad— de dejarse arrastrar o atraer por algo que trasciende nuestro propio valor. En la contemplación participa activamente, sin embargo, nuestra afectividad, una afectividad que hace que tratemos con mimo y cuidado lo visto. De ahí que impropriamente se emplee este término —«no te andes con contemplaciones»— para describir una actividad humana a la que por alguna curiosa razón sobrestimamos en lo que vale.

El contemplativo se contrapone al visionario. Este último viendo lo de más acá se remonta activa y erróneamente a un más allá inventado, ficticio e irreal.

El visionario es el pseudocontemplativo, el que proyecta de forma magnificada los errores de su vista. El contemplativo, en cambio, es propulsado por algo que no se puede conceptualizar como un error de su vista ni de su punto de vista. En el contemplativo hay algo de transhumano que paradójicamente, en algún modo, continúa siendo humano.

Hasta aquí las diferentes funciones de la percepción visual. De ellas la que más frecuente y enérgicamente se asocia en mis recuerdos de don Vicente es el mirar. Un mirar que apunta y encamina hacia el contemplar, hasta el punto de que ambas funciones se fusionan y confunden en mis recuerdos.

En la tersura de su mirar se adivina la limpieza prístina de su punto de vista y de su vista. En su pupila se refleja y manifiesta un cierto resplandor transhumano: la luminaria de quien ve todas las cosas desde lo que está más allá del hombre y a pesar de lo cual, de alguna forma, a él propiamente pertenece. En su mirar —límpido, sereno y sosegado— reverbera fugazmente, de cuando en cuando, un cierto contemplar. Es como si su mirada tuviese y manifestase la egregia prerrogativa de lo que Platón llamaría *phylía kai syggeneía thes alethés*, la penetración amorosa y simpática o, si se prefiere, una cierta familiaridad con la verdad subsistente, por cuya virtud se le entregan los secretos del corazón del hombre.

La limpieza en el mirar desvela la limpieza del punto de vista de quien mira, es decir, la limpieza de su corazón. Ningún entrenamiento puede ser útil para enseñar a mirar así. En don Vicente esa forma de mirar tiene la frescura y la galanura de lo que surge espontáneamente y sin ningún esfuerzo. Acaso por eso cuando sus pupilas miran a una persona, ésta fácilmente descubre que la contemplación y el miramiento se hermanan y coinciden en su persona. Tal vez sea éste el espíritu que subyace en los encuentros de La Rábida, un espíritu imposible de lograr si no hay alguien que lo irradia.

Talante dialógico

Porque don Vicente sabe mirar no hay en él soliloquio, sino coloquio; diálogo fecundo y siempre abierto y no monólogo hermético; permeabilidad y apertura hacia el otro y no solipsismo egótico.

Decididamente, una persona que sabe mirar así simultáneamente sabe ver y observar, y ello sin degradar ni vejar lo que se mira, sino haciendo emerger la dignidad de la persona mirada, por el miramiento con que es mirada. Esta forma de mirar forzosamente ha de configurar el talante dialógico que caracteriza al profesor Rodríguez Casado. Su infatigable capacidad de diálogo traduce y expresa bien su capacidad de encuentro. No podía ser de otro modo en un profesor que hasta cuando se pone a escribir la ciencia de la historia le salen unas «Conversaciones». Se diría que en don Vicente todo es tertulia.

Una convexidad ficticia y virtualmente cóncava

Quienes se acerquen al profesor Rodríguez Casado aparentemente descubrirán, sin ningún esfuerzo, la convexidad de su agigantada humanidad. Pero ésta es sólo la primera impresión, y ya se sabe que las apariencias engañan. Es cierto que su humanidad morfológica es netamente

convexa, pero eso es lo estrictamente morfológico. El hombre que se acuna y encarna en esa humanidad, paradójicamente no es convexo, sino cóncavo. En seguida que uno penetra en su intimidad a través de la conversación, lo aparentemente convexo se muda en algo virtualmente (también por lo virtuoso) cóncavo. Algo que hace posible no sólo el encuentro interpersonal, sino la acogida incondicionada. Una acogida que reconforta y en la que uno puede instalarse seguro con la seguridad que siempre ofrece la amistad incondicionada.

Si el autor de estas líneas tuviera que resumir el perfil psicológico del profesor Rodríguez Casado, se limitaría a señalar la limpieza de su mirada, su talante dialógico, su capacidad de acogida y sus irrepetibles dotes para la conversación y la tertulia.